

por una gozosa suavidad, prorrumpe en alabanzas al Señor. De este modo el entendimiento del que piensa pasa a ser contemplación del que ama; preparando así para aquellas consolaciones espirituales que llenan de amor el corazón, y lo encienden en deseos de los gozos celestiales.

Se da el cuarto grado cuando prescindiendo totalmente del oficio de la imaginación, el alma sola atiende a lo que no cae en el campo de la imaginación; es la mente la que colige por raciocinio, o comprende ayudada de la razón, como cuando nuestras cosas invisibles que conocemos por experiencia las sometemos a consideración, y de esa consideración nos elevamos a la contemplación, en cuanto ésta puede darse, de los seres celestiales y de los espíritus bienaventurados. Entonces perciben la grandeza y la muchedumbre de la divina dulzura, escondida a los que temen; porque los que están en este grado, contemplan la gloria del reino de los cielos, la abundancia de sus delicias, la magnificencia del rey, la situación de los ciudadanos del cielo, su número tan elevado, su felicidad inefable. Entusiasmados por esta consideración, y llenos de ardiente caridad y del incontenible deseo de vivir junto a ellos, con todas sus fuerzas y con el más encendido de los afectos, exclaman: **qué amables son tus moradas, Señor de los ejércitos (Salm. 83,2,3,5) anhela mi alma y languidece por entrar en tus atrios; felices tus siervos que moran en tu casa, contempla tu gloria y no cesan de alabarte.**

El quinto grado se da cuando ya no somos capaces de examinar por nuestro propio raciocinio los que conocemos por la divina revelación. A este grado pertenecen las cosas que creemos sobre la naturaleza de la divinidad y su pura esencia, y que admitimos por la autoridad de las divinas escrituras; estas cosas se puede pensar que están sobre nuestra razón, pero no fuera o en contra de ella; ciertamente lo que se ve con la luz de la inteligencia no pue-

de averiguarlo la humana razón, y sin embargo fácilmente asiente y se recrea con su testimonio; porque los que viven en esta carne mortal y van creciendo en virtud hacia ese maravilloso estado (grado) de perfección, pueden ver con la llama de la contemplación la eterna claridad de Dios y palparla al sentir un amor tan lleno de luz; en efecto, la forma de entender a Dios y de pensar en él, es concebirlo como vida eterna, viviente y vivificante, inmutable, que sin experimentar cambio en sí, realiza todo lo que es mudable; como verdad segura que no puede fallar, de la que emana todo lo que es verdad; en la que se encuentran la razón y el fundamento de todo lo que sucede en el tiempo; en el que se identifican la vida y el ser; que tiene en sí la vida, que es la misma Deidad, eternidad, grandeza, bondad, poder y virtud que existe y subsiste en sí misma; que en virtud de su ser infinito no se puede circunscribir a un lugar determinado, y por su eternidad trasciende todo límite de tiempo que la mente o la imaginación humana pueden abarcar. Dios es contemplado con mayor seguridad por ese sentimiento de humilde e iluminado amor, que por un acto discursivo de la razón, y siempre sentirlo es mejor que pensarlo, y mejor pensarlo que expresarlo; porque se trata de la sustancia misma que no está sujeta a categorías de palabras, sino que es el principio y causa de toda realidad, que subsiste en sí misma, en cuyo seno nuestro ser no muere, nuestro entendimiento no yerra, nuestro amor no encuentra obstáculo; se le busca siempre para saborearlo más dulcemente, y cuanto más dulcemente se saborea, con mayor empeño se le busca.

En el sexto grado de contemplación el alma conoce por irradiación de la luz divina aquello a lo que no puede llegar la razón humana; las cosas que pueden comprenderse se entienden sin el recurso de la razón; así se llega a superar toda forma de raciocinio. De aquí emanan los to-

rrentes de agua que inundan de alegría al alma contemplativa con el recuerdo de la sobreabundante suavidad de Dios (Salm. 45 y 114); en esta clase de experiencia fácilmente arrastran al hombre a amar a Dios con todas las fibras de su corazón, el poder del Señor, su virtud, su gloria, su majestad, bondad y felicidad; y así lo animan a contemplar sus cualidades dignas de amor por sí mismas, que se manifiestan para aumentar el amor en el corazón del que contempla. Esto es lo que arrebató especialmente al amante hacia el que ve que es esencialmente amable; esa es su esencia, y hacia él por puro amor del sumo bien se lanza el piadoso amante, de suerte que no se arranca de allí, hasta hacerse con él un solo espíritu; cuando esto llega en él a la perfección ya sólo es el velo de la carne mortal lo que le distingue y separa de los santos, de aquella suprema felicidad de los bienaventurados; felicidad de la que disfruta en su conciencia por la fe y la esperanza de aquel a quien ama; lo que resta ya, lo aguarda con una paciencia que se puede soportar.

Este es el proceso señalado para el combate solitario; éste, el fin, el premio, el descanso de las fatigas, el alivio de los dolores; la perfección misma, la verdadera sabiduría del hombre que busca a Dios, que se entrega a Dios, que se le une mediante el esfuerzo en la oración y el ocio o quietud de la contemplación.

La excelencia de la virtud de la oración es grande ante el Señor, como se colige de que hemos tratado, y sumamente apreciada por los hombres, ya que ocupa el puesto duodécimo y el último, o sea el más excelente lugar, de los frutos del árbol de la vida, que con la ayuda de Dios he clasificado, descrito y realizado llevándolo hasta el final.

## Epílogo

**¿Quién subirá a este monte del Señor, o estará en su recinto sacro? (Salm 23,3).**

Ciertamente los que han llegado a la auténtica oración de quietud, con tal que hayan renunciado totalmente a las cosas del mundo, a todos sus bienes, a todo lo que puede apartar el alma de la ejercitación interior; que han elegido pobreza voluntaria, confiando del todo en la divina providencia, que a nadie desdeña, ni abandona al que confía en el Señor. Pero no se contenten sólo con esto; más bien traten de luchar con coraje contra las tentaciones de gula y los gustos del cuerpo, valiéndose de la lanza de la sobriedad y la templanza; teniendo en cuenta que, una vez sometido al dominio de la razón el cruel tirano, el alma encendida en el fuego del amor divino podrá concentrarse en sí misma con alegría, y desprendida de todo, logrará superar sus gustos, atendiendo a los interiores impulsos del corazón y a la práctica de la oración.

Que no olvide el que posee el don de la oración de quietud que, para conseguir más fácilmente el progreso y el sosiego, y de tener con mayor gusto y seguridad los dones que le están reservados, ha de unir a las dos disposiciones anteriores, la virtud de la humildad, que claramente aparece como la hija predilecta del rey celestial; sin ella nada puede agradarle, ni la virtud de la pobreza, ni el mérito de la sobriedad, ni el esfuerzo del ayuno, ni la esplendidez de las limosnas, ni el sacrificio de la oración; es amparo y defensa de las virtudes, indispensable para los que quieren acercarse al Señor; nunca puede ser desecheda la oración cuando la humildad la precede y la acompaña, y cuanto más despreciable y humilde se sienta el



alma, más gozosa será su oración y más elevada su contemplación.

Por lo cual el siervo de Cristo que ama las virtudes y quiere progresar en la oración, procure ser humilde; que muestre humildad en sus ocupaciones, en sus costumbres, y con más razón en la práctica de la oración; si esta virtud llega a inundar el alma, y la conduce al desasimiento y anonadamiento, entonces empezará su corazón a dilatarse, a irradiar verdad, a llenarse de luz, a rebosar alegría, a paladear dulzuras, a saciarse de devoción, a elevarse en el espíritu, a embriagarse de gozo, a resplandecer por la contemplación, a atraerse el aprecio de todos, a despedir buen olor, a rodearse de resplandor, a enriquecerse con todas clase de alegrías.

Aquí tiene su origen la revelación de los misterios, el conocimiento más claro de las Escrituras, el esclarecimiento de las cosas futuras, el enajenamiento de los sentidos corporales, la íntima participación de los bienes celestiales, la unión estrecha con la divina bondad, el feliz disfrute de la unidad de espíritu.

Todo esto se obtiene por el ejercicio de la oración, por el ocio de la contemplación, por dispensación de la divina bondad, que mueve los corazones y distribuye sus dones según su beneplácito. Porque estos deseos no son efecto del estudio, ni del gusto sensual; no se consiguen por el esfuerzo corporal, sino que son espirituales, pacíficos, humildes, muy de acuerdo con el sentir de los humildes, se manifiestan a los devotos, se confían a los limpios de corazón, se entregan y se conceden a los que no descuidan las cosas divinas.

Estas realidades no actúan fuera, en el exterior, sino en el fondo del alma, en el espíritu fervoroso, en el corazón limpio, donde el hombre se renueva, revistiéndose de la nueva condición humana, creada a imagen de Dios, en justicia y santidad verdaderas (Efes. 4,24). Pues ahí se

manifiesta el buen espíritu, el buen juicio de los que lo practican (Sal. 110,10).

Antes de que lleguen a revelarse estos misterios, y se infundan estas realidades divinas, se debe ejercitar la voluntad en la práctica de las obras de misericordia, de piedad, en pruebas de paciencia, en toda suerte de padecimientos, en diversas tentaciones, en enfermedades frecuentes, continuas vigiliias, múltiples privaciones, persecuciones injustas, odiosos ultrajes, y a veces en peligros de muerte. Y cuando ya está el espíritu purificado por estas y otras pruebas parecidas, se sentirá ilustrado por una luz nueva, experimentando nuevos y desacostumbrados impulsos, una nueva vida que proviene del don de contemplación; porque la corona sólo se concede al que se esfuerza en la pelea, y los bienes de la virtud sólo se dan al que lucha contra los vicios y logra vencerlos, y no se llega a la cumbre de la contemplación sin una gran perfección en toda clase de virtudes.

Por tanto no se asuste ante la lucha por la virtud, el que aspire a saborear la miel de la devoción, sino con alegría de espíritu, animado de buenos deseos, con voluntad firme, amor sincero, grandeza de ánimo, valiente corazón, prudente discreción, talante despierto, espíritu humilde, oración continua, animosa solicitud, asiduo esfuerzo, esté dispuesto a hacerse violencia con tal de adquirir las virtudes. No se verá privado del gusto en las cosas de Dios, y tendrá parte en la recompensa del cielo, el que se distinga en la lucha encarnizada contra los vicios y en el anhelo constante, sin tregua, por emular con su vida el amor de Cristo Jesús. Feliz, dice, el Profeta al Señor, aquel que tiene en ti la fortaleza de la gracia (que actúa), al preparar su peregrinación en este valle de lágrimas (Salm. 83,6), desarraigando, aniquilando, quebrantando, destruyendo las costumbres y las seducciones de los vicios, para ir ascendiendo a la cumbre de las virtudes; todo

esto le proporcionará bendiciones, abundancia de gloria, paladeo anticipado de los bienes celestiales; mediante estas cosas, al término de esta peregrinación, tras la victoria y el triunfo sobre el mundo, liberado del peso del cuerpo, merecerá contemplar cara a cara, en limpia y gozosa visión al Dios de los dioses en Sión, el cual es salud, vida, felicidad y paz para todos los que le aman por los siglos de los siglos. Amén.

# **LOS GRADOS DE PERFECCION**



## Introducción

Todo hombre verdaderamente ilustrado sabe que es propio de la criatura racional, es decir, del hombre, querer avanzar siempre y no detenerse ante ninguna pregunta. A este deseo de avanzar le lleva un impulso natural, por el que alcanza el conocimiento de su destino y descansa a gusto en él. El mismo hombre está hecho para esto: para deseando obtener siempre lo más elevado, llegar a veces a lo que es lo mejor de todo, el mismo Dios; en esta vida de peregrinación, por la fe, y en la futura, por la figura. Aunque esté hecho de este cuerpo mortal y corruptible, no debe estancarse en un ocio condenable ni dissiparse en divagaciones, sino procurar obrar sin descanso según las posibilidades de la naturaleza humana; no en una actividad cualquiera sino en la necesaria, apropiada y provechosa. A veces con el cuerpo, según lo requieran la oportunidad, la clase y el tiempo de ocupación; y siempre con la mente, en intenciones rectas, pensamientos santos o deseos encendidos. Por estos medios, se llega a realizar una obra laudable y muy grata a Dios.

Pero la acción corporal de poco o nada sirve, a pesar del juicio de los mortales, si no se realiza por los medios citados u otros parecidos. Pues así como un árbol puede tener sus hojas verdes y ser olorosas sus flores o parecer que tiene muchos frutos en sazón, pero si no tiene raíces que le alimenten, hay que considerarle estéril, así también cualquier obra que carezca de la fuerza interior y del

amor de la caridad, no vale absolutamente nada para la vida eterna. En el corazón es donde se forma el hábito de la verdadera virtud, que naturalmente supone la previa intención, el pensamiento y un laudable deseo, así como la cooperación de la caridad, que es don de Dios, forma de las virtudes, norma de la justicia, retribución por las fatigas, decoro de la mente, fuerza para sobrellevar las adversidades, consuelo en esta vida de peregrinación y palma de los que perseveren en el bien. Quite la caridad, y se acabarán todas las virtudes. De nada vale el martirio; de nada la fe, aunque traslade montañas; de nada repartir toda la hacienda; sin ella, en fin, ni la profecía, ni la ciencia de los misterios del cielo, valen nada ante Dios. Pero si hay caridad, el corazón es limpio; la conciencia, buena; la intención, recta; el pensamiento, disciplinado y el afecto, piadoso. Pero todo esto ocurre en el interior de la mente, por la iluminación de Dios, la instrucción de la sabiduría, el juicio de la conciencia y la dirección de la prudencia.

De lo dicho se deduce como verdadero lo que afirma el profeta sobre el alma eclesial, inflamada por el deseo de perfeccionarse: «toda su gloria de hija de rey le viene de dentro» (Sal 44,14)\*. Los sentidos humanos ven desde fuera la imagen de la virtud, pero es dentro donde se guarda el hábito de las virtudes, el fuego de la caridad y la disciplina de la perfección. Por eso, quien mediante el ejercicio espiritual quiere alcanzar el culmen de la perfección, debe según la admonición del profeta ordenar los grados espirituales de la ascensión en su corazón, por los que, yendo de virtud en virtud, pueda alcanzar parcial-

\* La traducción de los textos bíblicos se hace sobre el texto (Vulgata) recogido por el autor, que con frecuencia cita de memoria y casando a veces distintos textos del mismo tema. Esto hace que en ocasiones sea imposible encontrar el texto exacto, por lo que en ese caso aparece aquí sin su cita correspondiente.

mente al mismo Dios por quien es alcanzado totalmente. No piense en absoluto que puede hacer esto por sus propias fuerzas. Ponga su confianza en quien enseña al hombre la ciencia, da a los sencillos la inteligencia, auxilia a quienes le invocan con fe, da fuerza a los que luchan y promete el premio de la gloria a los que perseveran.

Dado que no todos conocen estos grados espirituales para progresar en la virtud, trataré de distinguirlos y ordenarlos. Pero no como si yo hubiere llegado por ellos a la cima de la perfección —pues estoy bajo el peso de mis delitos, sometido a las ataduras del pecado, envuelto en las tinieblas de la ignorancia y abatido por la rutina de muchísimos defectos—, sino para que, al señalar a otros las sendas de la justicia, merezca yo obtener de Dios gracia por los progresos de los demás; e igualmente recogerme dentro de mí, reconocer mi deformidad en el espejo de la conciencia, corregir mis errores y avergonzarme de mí, que no soy el que debiera ser, ni el que piensan que soy los que miden los méritos según las apariencias de los hombres. Sólo Dios escrute los secretos del corazón y descubre sus arcanos, de donde la vida y la muerte reconocen que salen.

Esta obra que me he propuesto empezar está muy por encima de mis fuerzas y excede la capacidad de mi pequeñez. Por eso, elevo los ojos de mi mente hacia ti, fuente de sabiduría y Verbo de Dios, que te ves habitando ilocalmente en la luz paterna de la divina majestad, y te ofrezco mis preces y te pido la gracia de hablar con rectitud, y sentir piadosamente en lo que toca a la bondad, para que no diga nada incorrecto, nada contrario y nada sin meditar de lo que corresponde a tu verdad sempiterna. Seré capaz de culminar esta tarea, si me iluminas con el resplandor de tu sabiduría y me haces digno de tu compañía espiritual, gratuita y divina. Pues, sin ti, ninguna obra tiene comienzo, ni la comenzada encuentra su tér-

mino cumplido. Sostenido por tu ayuda, me dispongo a decir con la pluma lo que con tu inspiración concebí en mi corazón. Se tú, Señor, la guía de mi verbo, el autor de mi discurso y el dispensador de mi ciencia, yendo delante de mí y hablando por mí te glorifiques por ti, mediante este instrumento inútil y tal vil que por sí mismo nada en absoluto puede hacer que sea digno de mérito, a no ser que lo muevas tú a quien, al ser origen de todo bien, se debe todo honor y toda gloria.

## Capítulo I

**Sobre la luz de la mente que ha de iluminar los ojos, para que no se duerman en la muerte del pecado**

El santo profeta David, inspirado por la gracia de Dios, clama en oración, tanto en su nombre como en el de los que peregrinan en este valle de miserias, y dice: «Ilumina mis ojos para que no me duerma en la muerte; no sea que mi enemigo diga: le vencí» (Sal 12,4-5). Ilumina, dice, oh Señor, Dios mío, «mis ojos»; no con la luz de una lámpara o de las estrellas o del sol, sino con el resplandor de tu verdad y sabidurías; los ojos, no de la carne, sino de la mente y de la razón, «para que no me duerma en la muerte». El mismo sabía que los que no quieren dormir en la muerte, no desean de ordinario esta luz visible, que se muestra a los jumentos, a las aves del cielo y a todos los mortales, ya que ella no puede en absoluto evitar el sueño de la muerte corporal. En efecto, esta luz corporal y visible no puede producir ni la vida ni la muerte. El profeta sabía que hay otra luz mucho más clara y más



útil que, aun estando en sí misma, ilumina a todo hombre que viene a este mundo; si bien a pocos se da por anticipado. Esta es la luz que amaba; la que orando desde sus entrañas pedía al Señor que le diera, consciente de que con sus fuerzas no podía conseguirla. Se la pedía al Señor, de quien procede toda sabiduría, incluso antes de tiempo; y no para mostrarse como sabio ante los hombres, sino para no dormir en la muerte del pecado, ni quedar retenido por los lazos de los delitos, consumando así el término de su vida.

Lo cual suele de ordinario ocurrir a quienes carecen de la luz de la sabiduría. Al estar ciegos en su mente, prisioneros de los vicios y carentes de sensibilidad, como no se conocen a sí mismos, ignoran igualmente la profundidad del mal en que se encuentran y el sepulcro de terrible y lamentable muerte en que están dormidos. Por eso, descuidan la vigilancia, no quieren que nadie les moleste y desprecian oír a quien les exhorta a que levanten de ese sopor letal. Ojalá escucharan en su corazón la trompeta apostólica que resuena y que dice: «Despierta, tú, que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará» (Ef 5,14). Con estas breves palabras el Apóstol se refería por igual al que duerme y al que está muerto, y cómo es necesario levantarse. El sueño de la muerte, en efecto, es el pecado; pero no un pecado cualquiera, sino el que se ha consumado y engendra la muerte. Tal pecado obstruye los oídos del corazón, hace perder la luz de la razón, quita el gusto de la devoción, apaga el fuego de la caridad, aparta la gracia de merecer y cierra la puerta de la vida eterna. De este sopor nocivo nadie puede despertar sino Cristo, que es así la resurrección de los que duermen, la vida de los muertos y la luz espiritual de los que yacen en tinieblas y sombras de muerte. Según el profeta, él es quien «libera a los encarcelados, levanta a los que han caído e ilumina a los ciegos» (Sal 44). Ilumina los



ojos de la mente con el resplandor de su gracia, para que conozcan las ataduras que les retienen y el fardo de delitos con que van cargados.

Para la salvación, es absolutamente necesario saber todo esto. Es el primer grado de los proficientes, el comienzo de la vida espiritual, el fundamento firme de las virtudes y un medio especial de conseguirla gloria. Pues donde hay conciencia de pecado hay esperanza de perdón y comienzo de compunción. Quitada del hombre esta conciencia y experimentarás en él la crasa ignorancia, el dominio del placer, el deseo indómito, el embotamiento de la mente, el desprecio a Dios, el odio a sí mismo, la ofensa al prójimo, la ausencia del santo temor y la falta de la de la caridad. Esto era lo que el profeta, mirando en espíritu desde lejos, pedía a Dios, para que con la luz de su sabidurías iluminara la mirada interior del alma; no fuera que, ciego a la conciencia del pecado y vuelto insensible, se deslizara en la desmesura de todos los vicios y quedara cautivo de la perdición y de la muerte. Es del todo evidente que todo esto nace de la ignorancia del pecado.

Así, yo llamaría dichoso a quien le es dado conocer lo que es el pecado, qué es lo que produce en el hombre y hacia qué fin conduce a quien persevera en él. El pecado no es ninguna sustancia, como una cosa, sino la voluntad de mantener y seguir lo que la justicia prohíbe. Es igualmente la prevaricación de la ley divina y la desobediencia a los preceptos celestes. Por el pecado, el hombre se aleja de Dios, se hace verdugo de sí mismo, hijo de la gehenna, casa de confusión y siervo del diablo. El pecado dilapida la naturaleza, escarnece la gracia y desprecia la gloria. El pecado vulnera los dones naturales y despoja de los gratuitos, mancha el alma y amarga la conciencia, endurece el corazón y vuelve insensible al hombre, arrastra a otros pecados y convierte las obras buenas en infructuosas,

pone de manifiesto la estupidez del hombre y destruye la misma alma de la que ha tomado posesión.

No hay nadie capaz de describir lo pernicioso que es el pecado y los males que causa al hombre. ¿De dónde, pregunto, proceden la peste y el hambre, la guerra con sus saqueos, los hurtos y las rapiñas, las riñas, envidias y confrontaciones, las peores infamias, los crímenes horrendos, los estupros, incestos y adulterios, lo sacrilegios y las idolatrías; de dónde provienen, sino del fomento y la raíz del pecado? ¿Por qué surgen tan a menudo vendavales, inundaciones, pedrisco, tempestades, fragores de los campos, destrucción de las ciudades, calamidades de las provincias y ruina de los hombres, sino con ocasión del pecado? El castigo del pecado es la causa de la fiebre corporal, de los dolores de cabeza, de la sordera de los oídos y la ceguera de los ojos, del mal aliento, dolor de vientre y estómago, de la ebullición de los humores y el ardor de la pasión, de la lepra y la sarna, de los males de gota y del corazón, pulmón e hígado, y casi de todos los innumerables tipos de enfermedades parecidas a éstas, que ciertamente no sucederían todas si el pecado desapareciera. Finalmente, no sería necesaria la espantosa corrupción del cuerpo, ni el fuego de la gehenna, ni el rechinar de dientes, el llanto inconsolable, las densas tinieblas, el horrible aspecto de los demonios, la imposible esperanza de perdón, el tormento eterno, el juicio universal y la condena final del juez; todo esto no sería necesario si desapareciera la transgresión del precepto. Por el pecado, en fin, entró el desorden en el cielo, cayeron los ángeles, los primeros padres fueron expulsados del paraíso de delicias, vino la inundación del diluvio, Sodoma y las ciudades vecinas quedaron reducidas a ceniza, el Faraón quedó ahogado en el Mar Rojo, se entregó con frecuencia a la esclavitud a los hijos de Israel, fue crucificado el Señor y en distintas épocas se aplicaron las máximas penas.

Nada en esta vida es más temible que el pecado. Sólo podrá evitarse si se tiene conciencia de él y de las especies en que se divide. Si, para provecho de los que lean u oigan, queremos decir algo sobre esas especies, hay que saber que es distinto el pecado original, del mortal y del venial. Se llama pecado original al contraído, no por las obras o por la naturaleza, sino por la culpa y transgresión de los primeros padres; y se transfiere a la carne y al alma: a la carne de modo material y original, y al alma de modo formal, como a su sujeto. Nadie queda excluido de este pecado original fuera de aquella que engendró el Salvador del mundo. Por eso el profeta, gimiendo, decía: «En la iniquidad fui concebido, y en pecado me concibió mi madre» (Sal 50,7). Y en otro lugar de las Escrituras se lee: «Nadie está limpio de pecado, ni siquiera el niño de un día de vida sobre la tierra» (Jb 25,4). Por eso todos están expuestos a la condenación eterna, según lo manifiesta el Apóstol cuando dice: «También nosotros, igual que los demás, éramos hijos de la ira» (Ef 2,4). Nadie puede librarse de esta ira, a no ser por la gracia del mediador, Cristo, a través de la fe y con el baño de la regeneración.

A causa de este delito, el hombre se hace por partida doble reo y deudor de su Creador: reo de la culpa y reo de la pena. Como ya hemos dicho, la culpa es una mancha que se quite completamente por el sacramento del bautismo; en cambio, la pena, a la que se llama fomento o inclinación o ley del pecado, permanece después del bautismo en lo que se refiere al acto y movimiento de la concupiscencia, según lo atestigua el Apóstol, cuando dice: «No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. Y si hago lo que no quiero, ya no soy yo el que obra, sino el pecado que habita en mí. Pues me complazco en la ley de Dios según el hombre interior; pero veo otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi mente y me es-

claviza bajo la ley del pecado, que está en mis miembros» (Rm 7,19-23).

Tenemos que luchar infatigablemente contra esta ley del pecado, para que no reine en este cuerpo mortal que nos acompaña, y para que no nos arrastre al consentimiento de la culpa mortal. Pues el pecado mortal es consentir en la delectación de los movimientos de la carne; consentimiento que nace de la deliberación de la razón. Igualmente, es consentir en una obra ilícita y en lo que está prohibido por la ley divina, así como también por la sanción de la Iglesia. Según esto, es claro que el pecado mortal no se puede consumir sin que intervenga un consentimiento voluntario de la razón. Lo principal es el consentimiento del hombre interior, que hace a éste siervo de la justicia o del pecado. Así lo señale el Señor, cuando dice: «Si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si es malo, también tu cuerpo estará en tinieblas» (Lc 11,34).

A cualquiera de las partes que se incline el consentimiento, arrastrará consigo la libertad del alma. Si se vuelve hacia el bien, convierte a esa alma en templo de Dios, receptáculo de la gracia y coheredera de los santos; pero si se expone a la concupiscencia de la carne, al amor del siglo y a los halagos de los vicios, la vuelve cautiva del diablo, hija de la muerte y leña de la gehenna. Así lo indicó brevemente el sabio, diciendo: «Por encima de todo cuidado, guarda tu corazón, pues de él proceden la muerte y la vida» (Pr 4,23). Si el corazón se mantiene limpio de ese consentimiento, nunca llegará el alma a dormir en la muerte del pecado. Por eso, quien quiera escapar de este sopor letal, vigile su corazón y mate con la espada espiritual las sugerencias dañinas que unas veces tienen su origen en el diablo y otras en la incitación de la carne; para que de esas sugerencias no emerja una delectación voluptuosa que al demorarse emponzoñe la mente y, por



la aparición de la infidelidad y las tinieblas de la insensibilidad, empuja a la razón al consentimiento.

Desde este momento, el hombre se convierte en siervo del pecado, alejado de Dios, apartado de la herencia de los santos y de la comunidad de los fieles, sin parte en los tesoros de Cristo y de la Iglesia, enfrentando a sí mismo y completamente incapaz de hacer méritos. Sin duda, no se cae fácilmente en esta clase de pecado mortal, ni se precipita uno de repente en él, hasta el punto de que se encuentre cautivo de él quien de él estaba libre; pues a quien sufre su tentación, le ayuda la gracia, le remuerde la conciencia, le advierte el ángel de la guarda, le sostiene la costumbre de una vida digna de alabanza, le atemoriza el miedo de la gehenna, le contradice la razón, le echa atrás la obscenidad de la maldad y le causan confusión los pecados que ha de manifestar en el juicio futuro.

No ocurre lo mismo con el pecado venial, que no se comete por malicia ni por consentimiento deliberado del ánimo, sino la mayoría de las veces por ignorancia, y con frecuencia por fragilidad y hábito de delinquir. Por eso se le llama venial; porque fácilmente merece venia. Pero también merece pena; aunque no se castigue al hombre hasta el reato de la muerte perpetua. Merece ser castigado porque siempre proviene de la voluntad, que es quien lo promueve o permite o no prohíbe. Por lo demás, difiere del mortal en que el venial es poner el deseo o la voluntad en una criatura, dejando fuera a Dios; mientras que el mortal es ese deseo o esa voluntad por encima de Dios o en comparación con Dios. Pero aunque el pecado venial no convierte al que lo comete en reo de muerte eterna, sin embargo, mancha el alma, disminuye el fervor de la caridad, debilita las potencias del alma para las buenas obras y con frecuencia se convierte, por tener conciencia de él, en ocasión de pecado mortal; pues todo lo que se hace contra la conciencia, incluso errónea, edifica para la



gehenna. Ponerse en disposición de cometerlo hace que uno resbale fácilmente al pecado mortal. Cuando un hombre comete pecados veniales repetidas veces y sin ningún temor, se pone en ocasión de cometer los mortales. Por eso, quien desee agradar a Dios y con el esfuerzo de la virtud anhele ascender a la cumbre de la perfección, debe intentar por todos los medios a su alcance evitar no sólo los pecados mortales sino también los veniales; aunque nadie pueda resistir mucho tiempo sin cometer un delito venial.

Por lo demás, aunque los varones espirituales, que temen a Dios y que con la ayuda de la gracia guardan sus mandamientos, puedan vivir sin pecado mortal, conviene no obstante que se sometan siempre a la disciplina de las virtudes; ya que, según lo atestigua la palabra sagrada, nadie sabe «si es digno de odio o de amor» (Eccle 9,1). Lo cual confirma también el profeta, al orar a Dios diciendo: «¿Quién conoce los delitos? Límpiame de los míos ocultos y de los ajenos perdona a tu siervo» (Sal 50,4-5). Resta, pues, que cualquier fiel pida a Dios frecuentemente y con preces humildes la luz de la sabiduría y del entendimiento para, por su medio, tener la suficiente y necesaria conciencia de los delitos, de modo que con el alma expedita pueda escapar de los lazos espirituales de las doctrinas capciosas, de las que, según Juan, está lleno este mundo: «No améis al mundo, ni lo que hay en el mundo... Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos o soberbia de la vida» (1 Jn 2,15-16). Cuanto más claramente se conocen estos lazos de las concupiscencias, tanto más eficazmente se los odia, con más amplitud se los desprecia y con más ardor se lucha contra ellos.

## Capítulo II

### **Sobre la detestable ceguera de los que pecan voluntariamente, y la miseria de los pecados en que caen**

Así como la bondad de una cosa y su utilidad reconocida encienden el amor y el deseo de poseerla, así, en sentido contrario, su maldad connatural y su condición mortal reconocida hacen surgir el odio y la aversión hacia ella. De aquí se deduce cuánta es la ignorancia de quienes pecan voluntariamente y lo grande y pernicioso que es su ceguera, cuando, según el oráculo del profeta, «se glorían cuando hacen el mal y se regocijan en las peores cosas» (Pr 2,14). Y en el salmo se lee: «Porque el pecador es alabado en los deseos de su alma y el inicuo es bendecido» (Sal 9,24). Ciertamente, si tuvieran un corazón dócil y les iluminara la luz de la verdad eterna, deberían sin más entristecerse, llorar y gemir cuando están pecando y tras el crimen consumado; pues nada hay más contrario a la salvación humana y que más separe de Dios y aparte de la compañía de los santos que la enormidad de los delitos y el hábito indisciplinado de pecar. Con todas sus fuerzas y con toda prudencia debe apartarse de este hábito quien cultiva el amor de Dios, el seguimiento de la virtud, el deseo de la gracia, la contemplación de las cosas celestes y el celo de la propia salvación. El hábito deliberado de delinquir vuelve al hombre incapaz de hacer el bien y le hace proclive al mal; pone de manifiesto la vergüenza de la culpa y trastorna la bondad de la naturaleza, los dones de la gracia y los méritos de la virtud.

¿Qué cosa hay más funesta, más grave, más pernicioso o que cause mayor mal que esta servidumbre? Incita a la maldad, alimenta los vicios y se hace culpable de los pe-

cados capitales. Así, aumenta la soberbia, favorece la vanagloria, enciende la concupiscencia, concibe la impureza, se complace en la gula, enciende la chispa de la envidia, promueve el ímpetu de la ira y frena todo propósito de obrar laudablemente. Igualmente aborrece todo tipo de virtud, estimación, compunción, honor y gracia. Arrastra al escarpado abismo de los delitos, conduce a la concupiscencia desenfadada de la carne, desprecia las sagradas advertencias de los mayores, se burla de los mandatos de los padres y no tiene miedo a los suplicios eternos, preparados para los inicuos. Se dedica al juego, se entretiene con fábulas, manifiesta su poco seso aplaudiendo y siempre que puede se deleita en los deseos agradables. Carece de gravedad, no hace caso de los consejos, no prevée los peligros y ama los bienes presentes sin preocuparse de los futuros.

Además quien está dominado por este hábito deliberado de delinquir, se esfuerza con todo empeño y los medios a su alcance por mantener un trato detestable con hombres impíos, a cerca de los cuales se lee en el libro de la Sabiduría: «Discurriendo erróneamente, se dijeron a sí mismo los impíos: Corto y tedioso es el tiempo de nuestra vida, y no hay consuelo en el fin del hombre: no se sabe de nadie que haya vuelto de los infiernos. Hemos nacido de la nada y después seremos como si no hubiéramos existido. Porque ceniza apagada será nuestro cuerpo, y el espíritu se disipará como un suave soplo. Nuestra vida pasará como el rastro de una nube, y se disipará como la niebla, expulsada por los rayos del sol y constreñida por su calor. Con el tiempo nuestro nombre caerá en el olvido, y nadie guardará memoria de nuestras obras. Venid, pues, y disfrutemos de los bienes presentes, y gocemos de las criaturas con la misma prisa que de la juventud. Harémonos de vinos exquisitos y de ungüentos, antes de que se nos adelante la flor del tiempo. Coronémonos de rosas

antes de que marchitan, y no haya prado que no atravesiese nuestra liviandad. Dejemos por doquier signos de nuestra alegría, pues ésta es nuestra parte y ésta nuestra suerte» (Sb 2,1-4 6-9).

Con esto se demuestra que quien está dominado por este hábito voluntario y deliberado de pecar, no teme a Dios, ni le contiene ningún pudor, ni aprecia los tiempos concebidos para hacer penitencia, ni piensa en el último día de su vida; sino que, creyendo que es lícito todo lo que quiere, se esfuerza por consolidar todos estos deseos mortales «cual caballo y mulo que no tiene inteligencia» (sb 31,9). Ojalá se acordara de la máxima apostólica que dice: «¿Acaso desprecias las riquezas de la bondad, paciencia y longanimidad de Dios? ¿Ignoras que la benignidad de Dios te lleva a la penitencia?»

Con la dureza de tu corazón impenitente, vas atesorando ira contra ti en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, que dará a cada uno según sus obras» (Rm 2,4-6). Quien desprecia esta misericordia divina, se siente también empujado a la necesidad de delinquir; y esto, porque no quiso entender hasta qué punto es odioso a Dios el pecado, los males que causa al alma en el presente y los grandes suplicios que le están reservados en el futuro.

Finalmente, se complace a sí mismo, persuadiéndose de que cuando quiera puede obtener la gracia de la compunción, olvidándose de aquellas palabras que dicen: «Vigilad, porque no sabéis a qué hora vendrá vuestro Señor, si a la tarde, o a media noche, o al cantar el gallo, o por la mañana. No sea que al venir de repente, os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros, se lo digo a todos: vigilad» (Mc 13,35-37). Y estas otras: «Sabed que si el padre de familia supiere a qué hora iba a venir el ladrón, vigilaría y no dejaría que le hicieran un agujero en la casa. Por tanto, estad preparados, porque en la hora en



que menos penséis, vendrá el Hijo del hombre» (Mt 24,43-44).

De este modo tan intenso nos exhorta la Verdad de Dios a vigilar y a perseverar cada hora en las buenas obras; sabiendo que en la engañosa y vana confianza de alcanzar el perdón tiene más fuerza que cualquier otra cosa que intente convertir al hombre torpe al bien obrar, ese hombre que persiste en sus crímenes. ¡A cuántos engañó esta peste y a cuántos arrojó al tártaro este tipo de esperanza sin fundamento! Creen que la bondad de Dios está siempre pronta para conceder misericordia a los que se arrepienten, según lo prometido por medio del profeta cuando dice: «Cada vez que el pecador se arrepiente, no volveré a acordarme de sus iniquidades» (Ez 18,21-27). Sin duda es cierta esta sentencia, cuando los sinceros gemidos de una adecuada compunción se dirigen a Dios y hay en el hombre la voluntad deliberada de no pecar más; voluntad que nace del reconocimiento del delito, mediante la cooperación de la gracia de Dios, y no de la displicencia del pecado.

Esta displicencia no hace al hombre un verdadero penitente, sino una especie de burlador. Pues el penitente grato a Dios y compungido de corazón, se esfuerza por abolir los delitos pasados, con lágrimas, gemidos, oraciones, ayunos, y con todo tipo de mortificación de la carne, y está vigilando atento, con todas sus fuerzas y con la prudencia de su corazón, para no mancharse con pensamientos torpes, perniciosos y vanos; para no llenarse de efectos nocivos y terrenos, convirtiéndose así en un templo manchado y sórdido, cuando debiera estar limpio y santificado, como receptáculo de la palabra de Dios, tálamo nupcial y trono de la sabiduría.

Ha de ser también moderado en su hablar y refrenarse con discreción; no para estar callado, sino para hablar lo que convenga y edifique, Debe ante todo mantener la gra-



vedad en sus palabras, sus costumbres y cada una de sus obras, como si estuviere en la presencia de Dios; sabiendo con certeza que en el juicio final tiene que dar razón de todos los crímenes de que le han de juzgar, tanto de los grandes y mortales como de los veniales y más pequeños. Así lo atestigua la sentencia del Salvador: «En el día del juicio, los hombres tendrán que dar razón hasta de cualquier palabra ociosa que hayan pronunciado» (Mt 23). Ante esta consideración, el verdadero penitente está a menudo entristecido y con el corazón contrito, prorrumpiendo a veces incluso en gemidos y renovándose en su espíritu al recordar los delitos de su juventud, considerando lo numerosos y abominables que fueron, lo odiosos a Dios y contrarios a sí mismo. Esto hace que, con la ayuda de la clemencia divina, se lamente contra sí mismo con santa humildad, y que se mortifique y se desprecie con tanta vehemencia y tanto dolor como clara y humildemente reconoce su propia enfermedad, sus antiguas recaídas, su disposición a caer de nuevo, la gracia perdida y las acciones que llevan a la culpa.

Al mirarse en este espejo de la verdad, fácilmente se hundiría a causa de la confusión y la desesperación, si por otro lado no meditara en la piedad, misericordia, suavidad y disponibilidad del Señor, por encima de la maldad de los hombres. No desprecia ni rechaza a nadie que haga penitencia, confiese su pecado, se acuse, se humille y trate de corregirse. Consolado el pecador en su corazón por esta consideración y lleno de la dulzura de la devoción, se propone para el futuro seguir las sendas y planes de una vida más recta y recomendable, para no caer de nuevo en el abismo de las culpas pasadas, lleno de ingratitud y abandonado de Dios. No dudará en merecer del Señor el perdón después de la caída, si con dolor de alma, deliberación de mente y humildad de corazón, recibe el sacramento de la confesión purificadora, según el oráculo del

profeta que dice: «Me dije: confesaré contra mí mi injusticia al Señor, y tú perdonaste la impiedad de mi corazón» (?). No hay ningún delito tan grave que, si se le rechaza, no quede expiado por la confesión de boca.

## Capítulo III

### **Por qué el Hijo de Dios se encarnó y lo que hizo para la salvación de los hombres con la institución de los sacramentos**

La clemencia divina que, por su bondad y en lo que ella depende no quiere que nadie perezca, se compadeció de la naturaleza humana —que por la caída de Adán había perdido la sublimidad de su dignidad congénita— y se dignó elevarla a su presencia. Al venir el Verbo en la plenitud de los tiempos, enviado desde el trono del Padre, con la cooperación del Espíritu Santo y el consentimiento de una virgen santísima, tomó de ésta una carne mortal, aunque libre de pecado e inmune a toda corrupción. Apareció entre los hombres como verdadero hombre, palpable, visible y mortal. Tenía en sí todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia y habitaba en él corporalmente toda la plenitud de la divinidad, el ser engendrado eternamente por el Padre como verdadero Dios. Con su doctrina celeste, sus innumerables milagros, sus sagradas costumbres, su disciplina espiritual, la institución de la nueva ley y la perfección de su conveniencia extraordinaria, iluminó los corazones de los mortales; los cuales, en el espejo de la fe y por el testimonio de la experiencia, reconocieron las fatigas de su peregrinación pro-

pia, su debilidad, las heridas de su alma, la terrible tiranía del diablo que no perdona, y el peso aplastante de los delitos que merecen la condena. Supieron además dónde estaban caídos, qué males padecían, hacia dónde iban, qué habían perdido y qué debían apreciar, buscar y desear. Fueron raros y, en comparación con los demás, poquísimos los que, desde el corazón y a la luz de la verdad, percibieron las cosas que hemos recordado; y aún éstos no lo hubieran podido hacer sin la iluminación de la gracia.

Vino, pues, nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios y mediador entre Dios y los hombres, como doctor máximo, maestro de la verdad y vehemente guardián de las almas, trayendo consigo ríos desbordantes de gracia celeste y caudales llenos de dones espirituales, para regar los áridos corazones de los hombres, ablandarlos por la penitencia y llevarlos a la salvación. Vino como médico sabio de las almas enfermas y preparó medicamentos espirituales y eclesiales; es decir: los sacramentos. Quienes usaran de ellos fiel y dignamente, él los convertiría de hijos de la gehenna y de la ira en hijos de Dios y perpetuos coherederos con él. Todos los mortales estaban enfermos, padeciendo un mal incurable; todos estaban avocados sin remedio al ocaso de la muerte eterna, aunque exteriormente se consideraban incólumes y creyeran que vivían espiritualmente. Es un género de enfermedad y de muerte que hay que lamentar. Es lo que trató de indicar el Señor, hablando a los fariseos, cuando dijo: «Si fuerais ciegos, no tendríais pecado. Pero como decís: vemos, vuestro pecado permanece» (Jn 9,41). Quien es consciente de su enfermedad, busca un médico, desea los medicamentos oportunos para la salud y rechaza los nocivos; todo, con tal de conseguir ponerse bueno.

¿Quieres saber cuántas calamidades y enfermedades espirituales afligían al género humano? Dice el profeta David: «Todos cayeron, todos en masa dejaron de hacer

lo que convenía. No hay nadie que haga el bien, ni uno siquiera» (Sal 13,3). Y otro profeta dice: «Todos nosotros andábamos errantes, siguiendo cada uno su camino» (Is 64). No se encontraba nadie que demandara y pidiera auxilio del cielo, salvo unos pocos, en comparación con los demás, que, iluminados interiormente por la gracia, inspirados por el Espíritu divino y conscientes de sus enfermedades, pedían un médico tanto para ellos como para los pueblos; un médico que bajara a curar sus males, males de los que tenemos testimonios muy claros y conocidos en los libros divinos. Para que nadie por sí y por sus méritos se arrogara ni la venida del médico, ni la gracia para impartir desde el cielo los medicamentos espirituales, en la plenitud de los tiempos que sólo Dios conocía, el Verbo de Dios que estaba junto al Padre quiso, impulsado por su bondad, misericordia y piedad, descender de modo inesperado y asumir la naturaleza humana. Así lo atestigua esta palabra sagrada: «Cuando un profundo silencio lo envolvía todo y la noche estaba en la mitad de su carrera, tu palabra omnipotente vino desde su trono real» (Sb 18,14-15). Todo callaba. La peste de la idolatría mortal y las tinieblas de la ignorancia habían cubierto casi todo el orbe, cuando el Sol de justicia difundió desde lo alto los rayos de su bondad y claridad sobre la tierra. Disolvió el embotamiento de la mente, expulsó las tinieblas de la infidelidad y trajo consigo los remedios necesarios para las heridas de las almas; remedios que aprovechan a los fieles y no a los incrédulos.

Para curar la culpa original instituyó el sacramento del bautismo, medicamento óptimo y fundamento de los demás, signo de la fe, baño salúífero y puerta de la vida eterna sin el que nadie puede entrar en ella. Así lo atestigua el mismo Señor cuando dice: Quien no nazca del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de Dios» (Jn 3,5). Pero para manifestar los crímenes cotidianos, se



han dado los remedios de la penitencia. Además, para fortalecer la debilidad del hombre interior, ya sanado por la penitencia, el mismo Señor nuestro, Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres, quiso repartir el alimento de su cuerpo y sangre. Los demás sacramentos se instituyeron en la Iglesia para confirmar, preservar, enseñar y preparar la vida futura. Los tres sacramentos que antes hemos mencionado, a saber, bautismo, penitencia y eucaristía, son absolutamente necesarios para la salvación humana. En efecto, para salvarse es necesario recibir alguno de los tres tipos de bautismo: el de sangre o el de fuego o el de agua. Aunque con esto parezca que hay tres bautismos, en realidad son uno sólo, teniendo los tres el mismo efecto. Así lo dice el apóstol Juan: «Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, la sangre y el agua, y estos tres son uno» (1 Jn 5,7).

Pero los adultos y los que tienen uso de razón no pueden, si quieren salvarse, dejar de lado los sacramentos de la penitencia y del cuerpo de Cristo. El sacramento del bautismo se recibe una sola vez y no se puede repetir, pues el delito que por él se perdona no se vuelve a contraer después. En cambio, la culpa mortal o venial, en la que fácilmente se cae por fragilidad y por concupiscencia innata, puede quitarse del alma por el medicamento de la penitencia tantas cuantas veces ocurra. Escucha al Señor que exhorta por el profeta: «Cada vez que el pecador se arrepienta, no volveré a acordarme de sus iniquidades» (Ez 18). En cuanto a los misterios sacrosantos del altar, no se reciben todas las veces que se quiera, sino que sólo puede recibirse una vez al día con la debida pureza y santidad. Es un alimento cotidiano, como se dice en la oración del Señor: «Danos hoy nuestro pan de cada día» (Mt 6,11). No pedimos esto por el hecho de que sea conve-



niente recibirlo en el sacramento todos los días, sino para que, unas veces más y otras menos, recibamos su efecto y lo que espiritualmente significa. Habrá que recibirlo con más o menos frecuencia, según la intensidad de la fe de cada uno, la pureza de la conciencia, la devoción del momento, la concesión de la gracia y el afecto encendido de la caridad.

Bienaventurada penitencia para la salvación del hombre interior llena de grandeza divina, ¡cuánta es tu fuerza y qué eficaz es tu curación! Ningún delito es tan grave o tan enorme que no se borre con tu poder. El Hijo unigénito de Dios te recomendó al comienzo de su predicación, diciendo: «Haced penitencia, el reino de los cielos está cerca» (Mt 4,17). Su precursor, el que la Verdad señaló como el más grande de los nacidos de mujer, te predicó a los hombres con iguales palabras. Eres refugio de los humildes, consuelo de los contritos, puerta de perdón, esperanza de indulgencia, maestra que nos enseña a reconocer nuestra debilidad, terror de los demonios, alimento de las virtudes, guardián de la gracia, incentivo para la oración, fuente de las lágrimas, precursora de la misericordia que se ha de alcanzar, amiga de los ángeles y norma principal de la disciplina espiritual. Todo esto lo eres cuando estás adornada con obras interiores y exteriores. En efecto, tienes una doble dimensión y para ser perfecta te consumes en un doble esfuerzo. Tu acción es unas veces interior y otras exterior; aunque ésta va asociada siempre a la otra.

Yo diría que la penitencia interior es de derecho natural y se constituye ante Dios en el arcano de la conciencia. Así lo muestra el profeta diciendo: «Arrepentíos, hablando en el interior de vuestro corazón» (Sal 4,5). Esta es la justificación que —si no como acto, sí como hábito— debe existir en el hombre, a quien conviene despreciar siempre el pecado. En cuanto a la penitencia exterior,

que constituye propiamente el sacramento, se hace ante el sacerdote con confesión de boca y se impone según su juicio. En ella interviene siempre la contrición del corazón y la satisfacción de obra. De poco le valdría al hombre que confiesa sus pecados declararse pecador, si lo hiciera sin compunción del alma, si no tuviera el propósito de no volver a pecar y si no quisiera cumplir la satisfacción que se le había impuesto. Este triple hilo difícilmente se romperá si se le conserva con cuidado; pero dejará de tener valor y gracia si por descuido se deshilacha. El verdadero penitente, con conocimiento y odio del pecado, se vuelve contrito dentro de sí, se avergüenza de su crimen, se acusa humillado ante Dios, se arrodilla ante el sacerdote, dice las faltas que ha cometido exponiendo sus circunstancias, descubre las intenciones del corazón, da a conocer el tiempo y el número de los delitos cometidos y no oculta la deformidad de sus pecados.

Puesto que no es ante un hombre sino ante Dios, en cuyo nombre actúa el sacerdote, ante quien cree estar, de nada vale ocultar lo que hizo, sabiendo que no será digno de perdón si no declara sus pecados, rechazando abiertamente todo pudor, tal y como pecó. Aquí, sin duda la verdad clama, urge la conciencia, empuja la compunción y exhorta la gracia mediante el ángel de la guarda, para que haga una confesión sin rodeos, con sencillez, íntegra, abierta y diferenciada; para que no trabaje en vano, no corra sin sentido y se marche triste sin la remisión de los delitos. Pues, al igual que una confesión de boca, ficticia e imperfecta por ocultación del crimen, produce tristeza en el corazón, aleja la esperanza de indulgencia y crea confusión, así, en sentido contrario una confesión humilde, íntegra, modesta y llena de compunción, inunda el alma de gozo, alegra consoladoramente al que se confiesa, produce confianza en la bondad de Dios, crea el propósito de no volver a pecar, enciende el deseo de orar, produce ac-

ción de gracias a Dios, da fuerzas para la satisfacción y afina el gusto para la recepción de la sagrada eucaristía.

Tras la confesión íntegra de los delitos y recibir por ella la pureza, la luz y la paz, viene oportunamente el hambre de la comida sacramental. Pues el sabor del pan celestial sólo se percibe con la pureza interior. También los pecadores y cargados de crímenes toman aquí sacramentalmente el pan de la vida, pero no sentirán en absoluto lo grande, deliciosa y suave que es esta comida. El Pan de los ángeles es para los justos; el maná escondido para los pecadores. Diariamente los justificados por la gracia se restablecen y limpian de la suciedad de sus delitos y crecen en el espíritu; pero diariamente caen más bajos en su maldad quienes revolcándose en el cieno de la carne se atreven a comer y frecuentar los sacramentos celestes, según lo dice el Apóstol: «Quien come y bebe indignamente, se come y bebe el juicio, el no discernir el cuerpo del Señor» (1 Co 11,29). Quienes pecan deliberadamente no se limpian con la recepción de este sacramento santísimo, sino que reciben más daño, según lo muestra el profeta cuando dice: «¿Qué es eso de que mi amado cometió muchos crímenes en mi casa? ¿Acaso las carnes santas alejarán de ti tus iniquidades? (?). De ninguna manera. Por eso, quienes se aprestan a alcanzar las cimas de la perfección, limpian las manchas del hombre interior con los gemidos de la compunción, con la medicina de la confesión y el fuego del amor, vigilando además constantemente sus sentidos corporales.

## Capítulo IV

### **Sobre el tipo de enemigos espirituales y la abundancia de tentaciones que llenan esta vida**

Si alguien quiere averiguar los peligros de esta vida de peregrinación, las clases de enemigos, los tipos de tentación, el número de asechanzas y las caídas de los pecadores, tendrá que desistir totalmente de su propósito, ante todo porque toda esta vida está llena de ellos. Si miras con cuidado, tendrás en cada hora, acción, ocupación y en cada lugar, algo de lo que precaverte, algo que temer, que rechazar, y enemigos con los que luchar. Dentro de nosotros habitan las concupiscencias, se llevan a cabo guerras, hay adversarios espirituales, se embota la mente, se obnubila el entendimiento, los pensamientos se perturban, los consejos fallan, vacila el empeño, se enfría el deseo, la deliberación se vuelve incierta, lo que desagradaba empieza a agradar y, poco después, lo que era grato se convierte en objeto de odio. Y así el hombre más decidido —como nave en medio del mar, agitada por diferentes embates de la tempestad y a punto de naufragar— se fatiga, se deprime, es levantado por la ola y desaparece. ¡Cuán a menudo le cercan los engaños, cede a los halagos y se convence ante razones ficticias!

Y no hay que extrañarse, pues, según el Apóstol, el mismo Satanás se transfigura con mucha frecuencia en ángel de luz, ocultando quién es, camuflando los cepos de las tentaciones e invitando al mal bajo la forma del bien. Nadie en absoluto, si no está iluminado por el resplandor de la sabiduría, instruido por el magisterio del Espíritu Santo y fortalecido con la gracia de Dios, es capaz de luchar con unos enemigos tan peligrosos. Exhortando a los



fieles a luchar contra ellos, Pablo dice: «Por lo demás, hermanos, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza. Revestíos de la armadura de Dios para que podáis resistir las asechanzas del diablo. Porque nuestra lucha no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los rectores de las tinieblas de este mundo y contra los espíritus del mal en los cielos. En pie, por tanto, ceñida la cintura con la verdad, revestidos de la loriga de la justicia y calzados los pies con la preparación del evangelio de la paz, abrazando siempre el escudo de la fe para que podáis apagar con él todos los dardos encendidos del maligno, tomad el casco de la salvación y la espada del Espíritu que es el Verbo de Dios» (Ef 6,10-12.14-17). Estas armas no sólo sirven contra las potestades aéreas, sino también para cada uno de os combates interiores que hemos recordado arriba, con tal de que se usen con prudente consejo y se lleven con el cuidado de la humildad, conscientes en todo de las acechanzas del enemigo, de las modalidades de las pasiones y de las características de las tentaciones.

Pero ¿quién podrá contar la cantidad de trampas que, fuera de nosotros, nos empujan a la caída, los lazos que se nos tienden y el número de ocasiones de pecado? Además, la multitud de los que se desvían del camino de la verdad y de los que siguen sus propios deseos, muestra la clase de mundo que es éste, los peligros de que está lleno y el tipo de enemigos que le rodean. Es lo que ya mostró el apóstol Juan con pocas palabras, diciendo: «No améis al mundo, ni lo que hay en el mundo... Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos o soberbia de la vida; cosas que no vienen de Dios» (1 Jn 2,15-16). Estas cosas visibles, de las que está lleno este mundo, se ofrecen a los sentidos humanos, que son como especie de puertas del alma por las que puede entrar la muerte o la vida. Cuando atraen la

mente del hombre a su concupiscencia, y arrastran al deseo del pecado y a su consentimiento, la muerte entra de seguro por estas puertas del alma. Pero si conociendo y gustando la dulzura de esas mismas cosas visibles y corporales, la mente se eleva hasta la alabanza de su Creador, entonces se sabe qué vida entra por esas mismas puertas. Para eso se crearon las cosas visibles, para servir al hombre y excitarle a la alabanza y conocimiento de su Creador.

Así lo manifiesta con toda evidencia el apóstol Pablo, cuando dice: «Desde la creación del mundo se ve lo invisible de Dios, su fuerza sempiterna y su divinidad, mediante el conocimiento de las cosas que hizo» (Rm 1,20). Por tanto, hay que tener un gran cuidado, y no desmayar, con las cosas corporales, poniéndolas bajo la censura de las virtudes. Sobre todo cuando hay a la vista muchas cosas que provocan a los sentidos al mal, los cuales se desbordan fácilmente hacia el exterior y por su propia naturaleza tienden a los deleites transitorios. Quien por su gusto, y sin temor de Dios y miedo a pecar, permite vagar a sus sentidos, se hace sin duda reo de muchos crímenes.

¿Quién es capaz de explicar la cantidad de males que produce la concupiscencia? El incentivo de la concupiscencia y su incitación a la sensualidad es la arrogancia de los ojos. Miró Eva al árbol prohibido, deseó su fruto, comió y pecó. Pero no contenta con el mal de su transgresión, dio al varón lo que, desobedeciendo, había gustado. Y así ambos no sólo se convirtieron en hijos de la muerte eterna, sino que también transmitieron a todos sus descendientes la culpa de la prevaricación. Aquí comenzó el hambre, la sed, la aflicción de enfermedades sin número, las luchas insuperables de la carne contra el espíritu y del espíritu contra la carne, la necesidad inevitable de la muerte del cuerpo y los suplicios de la condenación eterna de las almas.

Es sabido que también de aquí surgieron los tumultos de la guerra, las discordias de los ciudadanos, los estragos de los combates, la devastación de las ciudades, los pactos sobre los reinos, las insidias de los reyes y, para concluir, todas las calamidades del orbe. Si Eva, madre de todos, no hubiera mirado ante la sugerencia descarada de la serpiente, el árbol de la ciencia del bien y del mal, yendo así contra lo prohibido, no habría transgredido para su condena el decreto de obediencia. De la misma manera, el santo profeta y hombre según el corazón de Dios, se dio a sí mismo muerte espiritual con la lanza del adulterio y del homicidio, cuando atrapado por un amor insensato y vencido por la sensualidad permitió que sus ojos vagaran sin la guía de la disciplina mirando a una mujer que retozaba con su marido.

Todo lo contrario que el siervo de Dios, el bienaventurado Job, del que se sabe que pasó necesidades, aunque no se encontraba otro en su tiempo como él en la tierra. El mismo dijo: «Hice un pacto con mis ojos para no mirar a ninguna doncella» (Jb 31,1). Este hombre santo lleno de sabiduría y virtudes, sabía que mirar impúdicamente mancha el corazón con pensamientos nocivos, lo emponzoña con la delectación y con frecuencia lo empuja al consentimiento del pecado. Por eso, para superar todos estos males, resistiendo mediante la censura de la virtud y la preocupación del temor divino, frenaba la procacidad de sus luces corporales; procacidad que está siempre presente, que con frecuencia trastorna el afecto de los varones continentes y arrastra al precipicio de la impureza.

El ojo es un miembro lúbrico y cambiante, que siempre quiere mirar cosas nuevas, a la vez que volver a mirar lo visto. Se fija aquí y allá, queriendo llenar su curiosidad y, si no es capaz, se procura la pereza de un ánimo ocioso, con lo que vagando al descubierto de cosa en cosa, se adueña de la intención de la mente, disipa la prudencia y



convierte a los pensamientos en galimatías. Así ocurre, si no se le somete al yugo de la sabiduría y no se le regula con una consideración diligente. Con razón habrá que apreciar al varón que con utilidad ejercita su mente con una vigilancia cuidadosa, para que no sólo cubra con la virtud de la gravedad el apetito insaciable de los ojos, sino que también aparte su oído de las palabras nocivas.

En efecto, estos dos sentidos del oído y la vista son más difíciles de gobernar que los demás, pues, según lo atestigua la palabra sagrada, «ni el ojo se satura con la visión, ni los oídos se llenan con la audición» (?). Por lo demás, nadie duda de que cuanto más cruel es el enemigo, más eficaz tiene que ser la resistencia y hay que ponerle una guardia más vigilante. Pues la experiencia nos enseña que, dado que los oídos están abiertos sin obstáculo alguno y el hombre es un animal social, el trato cotidiano obliga a oír conversaciones de hombres y mujeres que, la mayoría de las veces, son vanas, ociosas, sin consistencia, impúdicas, salpicadas de mentiras, adulaciones, alabanzas privadas, calumnias, blasfemias, engaños, aplausos y juegos. En fin, debido a la depravación de las costumbres y a una mente desordenada, se encuentran pocos que, en comparación con los demás, frenen su lengua, usen la medida de la prudencia en sus coloquios familiares y profieren palabras edificantes.

Es sabido que las palabras de los que hablan se corresponden con los pensamientos de los que oyen. Si son santas, castas, útiles y brillan con el resplandor de la prudencia y de la sabiduría, unas veces causan compunción en los oyentes y su consideración les induce al llanto, y otras les hace llenarse de alegría, resplandeciendo con la luz de la verdad y alimentándose con la suavidad de la devoción. ¡Con qué frecuencia los ilumina la fe, los alegra la esperanza y los espolea el estímulo de la caridad! Cuando, según lo atestigua el profeta, «la palabra del Señor es un



fuego vehemente» (Sal 17,31), conviene de todo punto que con humildad y diligencia se incendien los corazones de los oyentes. Esto es lo que experimentaron aquellos discípulos que, después de la resurrección, al caminar el Señor Jesús con ellos y abrirles los misterios de las Escrituras que hablaban de él, se pusieron a conversar con alegría y dijeron: «¿No ardía nuestro corazón cuando nos hablaba por el camino y nos abría las Escrituras?» (Lc 24,32). Pero si las palabras que se oyen son vulgares, impúdicas, calumniosas o vanas, lejos de la ley de Dios y de la gravedad de las buenas costumbres, sin duda emponzoñan el ánimo, debilitan el rigor de la virtud, disminuyen la gracia y manchan la pureza de la conciencia. Dios nos da, pues, el oído para que por él entendamos con el corazón sus palabras divinas y santas, y para que por éstas nos instruyamos sobre lo que atañe a la salvación, rechazando las inútiles y las contrarias a las virtudes.

Lo que se ha dicho de la vista y el oído, puede aplicarse a los demás sentidos, aunque no sean tan proclives a la caída ni tan difíciles de frenar y dirigir. En verdad, no sufriríamos grave daño si careciésemos de perfumes que, bastante superficialmente, mitigan el olor y enseguida dan fastidio, ya que no se los puede tener y aspirar a capricho.

No ocurre lo mismo con el gusto, por el que nuestra humanidad se nutre y vive. Diariamente necesitamos comer y alimentarnos, aunque no queramos, con alimentos corporales, que cuanto más sabrosos al paladar, con más avidez se toman. Hay tanto tipo de viandas y tantas clases de sabores, cocinados con tanto cuidado y arte, que creo que debieran prohibirse a los gordos y a los que rebosan de salud. En cambio, no dudo que los enfermos y muy débiles, que han perdido completamente el gusto a causa de la destemplanza del cuerpo, puedan tomarlos con templanza. Pero como en ese estado les gusta lo que hace

daño y rechazan lo que les hace bien, conviene ser indulgentes con ellos y darles alimentos más exquisitos, hasta que se restablezcan y sanen. A la salud del cuerpo y del alma se opone muy mucho el deseo desenfrenado de comidas exquisitas y el comerlas a diario. Esto comporta con frecuencia numerosas enfermedades, menosprecio de la abstinencia, delectación inmoderada de la gula, atracarse el vientre, crápula continua, movimientos carnales, pensamientos impuros, delectaciones morosas, consentimientos libidinosos, poluciones nocturnas, conversaciones deshonestas y otros muchos vicios que deben ser completamente ajenos a los hombres religiosos y a los que se adornan con la gravedad de las costumbres.

Pero ¿qué decir del tacto, dado que es un sentido del que se dispone libremente casi a cada hora? Este sentido sirve a los demás sentidos e incluso a todo el cuerpo, estando siempre dispuesto y preparado para obedecer, en continuo movimiento y, como los demás, inclinado tanto al bien como a mal. Por eso hay que contenerle con la virtud de la templanza, gobernarle con la prudencia y frenarle con el temor de Dios. Lleva en sí los elementos de la sensualidad y día y noche soporta los estímulos para el combate. Ante Dios, a quien nada se le oculta, y ante la sola conciencia, lleva consigo el fuego y la espada, la confusión y la alabanza, la corona y el castigo, la muerte y la vida. Será en verdad afortunado quien sepa imponer una ley a este sentido, contener su petulancia y aplicar su utilidad sólo en lo que sea necesario. Para llevar a cabo lo que hemos recordado, será una ayuda oportuna y un remedio saludable el meditar en la presencia espiritual del ángel de la guarda y mantener el apetito para las virtudes que hay que conseguir.